

## Ambiente

## No le echen la culpa a

ALDEMARO ROMERO DIAZ (\*)

Si algo demostró la "Cumbre de la Tierra" es que la clave para un planeta saludable no reside en la política de los gobiernos sino en la actitud de los ciudadanos.

Se acabó la fiesta. Después de casi dos semanas de hiperactividad informativa acerca de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo, también conocida como Eco 92 o la "Cumbre de la Tierra", la mayor parte de las personas siente que la misma fue un fracaso, si bien por razones distintas.

Muchos de los países en desarrollo se quejan que de los 125.000 millones de dólares que serían necesarios para "limpiar el planeta" durante los próximos cinco años, sólo se consiguieron 2.000 millones de dólares de dinero realmente "fresco". Los grupos ambientalistas, por su parte, utilizaron epítetos tales como "farsa" o, en el mejor de los casos, "incapacidad de los políticos para demostrar con los hechos lo que pregonan". Los grandes ganadores: EEUU, por una parte, al no comprometerse a nada realmente serio y sustancial. Por otra, los gobiernos de los países de la Opep, entre ellos Venezuela, al oponerse al "impuesto" por la producción de contaminantes derivados del uso del petróleo como carburante, apoyando así la posición de Estados Unidos como el principal consumidor de ese combustible. En tercer lugar, Brasil, que consiguió cerca de 4.000 millones de dólares en préstamos "verdes".

Pero, ¿qué fue lo que realmente se obtuvo en Río? Los resultados formales hablan de cinco acuerdos:

1.- Declaración sobre ambiente y desarrollo: una declaración de principios no vinculante en la cual se expresan cosas tan obvias pero frecuentemente violadas como que las actividades de un país no deben perjudicar el ambiente de otros.

2.- La agenda 21: un plan, tampoco obligatorio, para equilibrar desarrollo y ambiente cuyo costo, 125.000 millones de dólares anuales, nadie sabe quién lo va a cubrir.

3.- La Declaración de Principios Forestales: otro documento no obligante, de 17 puntos bastante vagos, cuyo objetivo es el de lograr un "uso sustentable de los bosques". Ojalá que el mismo no se convierta en la misma política forestal de la FAO, la cual fue responsable de la destrucción de centenares de miles de hectáreas de bosques alrededor del mundo.

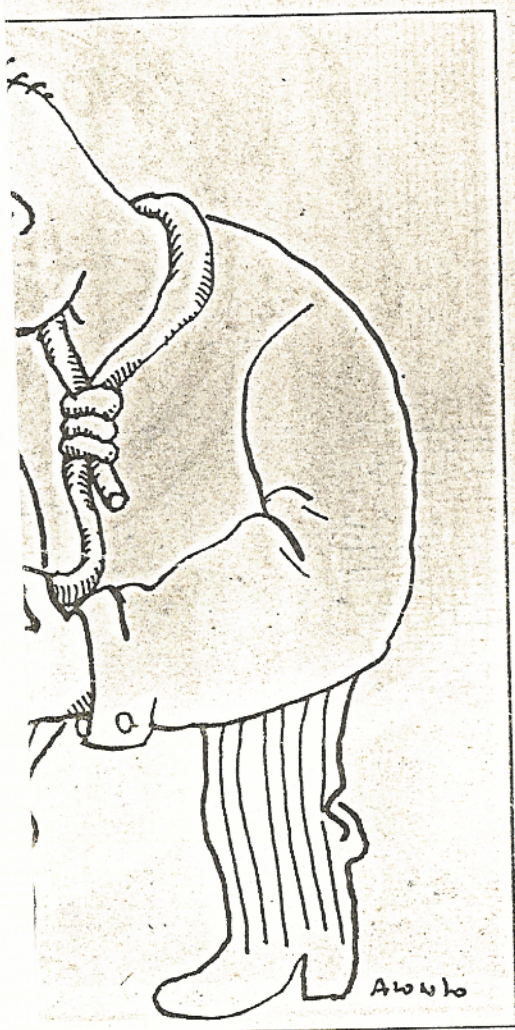
4.- Convención sobre el Calentamiento Global: este tratado fue diluido a instancias de



EEUU, el país que genera el 25% de los gases del efecto invernadero, y de los países de la Opep, incluyendo Venezuela. Por si fuera poco, y a pesar de que es de carácter vinculante, el mismo contiene frases como "exhorta", "recomienda" y, lo que es peor, no establece límites de contaminación para fechas precisas. Se tiene pocas esperanzas de que el mismo de resultados tangibles a corto o mediano plazo.

5.- Convención sobre la biodiversidad: La única que en un anterior análisis en estas páginas (19/5/92), pensábamos que se iba a lograr exitosamente. Al final no fue firmado por EEUU bajo la excusa que la explotación de

# Río



la biodiversidad podría violar "derechos de propiedad intelectual".

Visto todo esto, la pregunta que uno se hace es, ¿por qué, a pesar de que todo el mundo dice estar a favor del ambiente, no se llegaron a resultados más convincentes?

En primer lugar, no debemos olvidar que se trató de una reunión de representantes de gobiernos, no de grupos ambientalistas, donde imperaron consideraciones políticas y económicas antes que ecológicas. En segundo lugar, la misma premisa de que después de la caída del muro de Berlín, este sería un buen momento para que todos nos pusiéramos de acuerdo a favor del ambiente, resultó el beso

de la muerte para la convención ya que ahora no son dos los bloques sino 170, es decir, tantos como países que fueron a Río a negociar sus intereses. En tercer lugar, este tipo de reuniones demuestra cuan difícil es lograr acuerdos múltiples para problemas globales. Con la excepción del Protocolo de Montreal para la protección de la capa de ozono, en el mundo no podemos hablar todavía de acuerdos enérgicos y precisos que se estén cumpliendo a cabalidad para proteger el equilibrio del planeta.

Si todo esto es así, entonces, ¿qué esperanza nos queda?

Si algo transpiró en Río, a pesar del "show" alrededor de Bush, Castro o celebridades como Cousteau o Jane Fonda, es que quienes mejor manejan la información son los grupos ambientalistas privados e independientes quienes, en muchos casos, son también los que pueden mostrar resultados tangibles a favor del ambiente no sólo en lo que se refiere a proyectos sino también a nivel de concientización planetaria.

Allí estuvieron Greenpeace y Friends of the Earth poniendo el dedo en la llaga, o hasta la más conservadora World Wildlife Fund exigiendo más seriedad en las discusiones y pidiendo una mayor participación de los grupos ambientalistas del Tercer Mundo. También estaban allí grupos como la Sociedad de Protección de Malasia, cinco de cuyos miembros han sido puestos tras rejas por el Gobierno de ese país por oponerse al vertido de desechos radioactivos.

Si algo nos ha enseñado la historia del movimiento ambientalista mundial es que la sociedad civil organizada es el motor del cambio de las grandes transformaciones sociales contemporáneas. Así, pues, es al movimiento ambientalista al que debemos confiarle nuestras esperanzas y la tarea capital de hacer un mundo mejor. Después de todo, ha sido este movimiento el que nos ha alertado acerca de los peligros de la destrucción de la capa de ozono, de la extinción de especies, de los desechos tóxicos y de muchos otros problemas sobre los cuales los gobiernos, siempre tardíamente, tratan de legislar.

Es hora que retomemos el viejo dicho de que en materia ambiental se debe pensar globalmente y actuar localmente, es decir, todo lo contrario a los que los líderes políticos quisieron hacer en Río.

(\*) Ph.D. director ejecutivo de Bioma